

aquí tenemos a Manuel Flores, escribano.—Me espanta que vuestra merced diga tal cosa, pues bien sabe que Manuel Flores está comprendido en la residencia.—¿Y de Juan Ortiz qué tiene que alegar vuestra merced?—Que tampoco es escribano aceptable, porque no tiene la suficiente experiencia para un asunto de tan grande importancia.—Válgame Dios, don Juan, que ese atraso es grave daño para mí, pues yo estoy de viaje para España en estos galeones, que será posible vengan navegando.—No se apene vuestra merced—decía en amable tono el gobernador,—que se espera bajel en el puerto de Caldera a donde aguardo vendrá escribano».

Y puesto que el escribano estaba a punto de llegar, D. Gregorio redobló sus atenciones con el gobernador, y éste sus visitas a D^a Ana. Y se avivaron tanto los fuegos en esos días, que D. Juan, decidiéndose a jugar el todo por el todo, comisionó a fray Martín de Guevara, guardián de San Francisco, para que a su nombre pidiese la mano de D^a Ana de Cortabarría.

A D. Gregorio, ciertamente, le importaba mucho la residencia, pero jamás hubiera convenido en salir de ella con bien mediante el sacrificio de su hija a quien amaba profundamente, y casarla con D. Juan era llevarla al sacrificio, porque ya tenía concertado para ella un enlace ventajosísimo. Puesto en lance tan apurado, se vió compelido a cantar la palinodia, diciendo al padre guardián: «Estimo mucho la petición, pero ya tengo palabra empeñada para casar a D^a Ana con un vecino de lo más calificado de Guatemala». A pesar de aquel desaire, D. Juan no se dió por corrido enteramente de la casa, sólo sí que sus modales para con los padres de la niña se fueron tornando cada vez más desabridos y más bruscos hasta rayar en grosería. He aquí una prueba.

Un día llegó a la casa en calidad de visita y encontrando allí a varias damas, luego que se sentó, dirigiéndose a D^a Gregoria, la dijo: «Siempre que vengo a ver a vuestra merced he de encontrar el estrado lleno de indias».—Suplico a vuestra merced, repuso D^a Gregoria, que las que están en él, son mujeres principales, hijas y nietas de conquistadores». Al gobernador no le cayeron en gracia las palabras de la dueña de la casa, puesto que replicó diciendo: «Ande vuestra merced, que tan india es vuestra merced como son ellas», y con esto se volvió a salir.

Esa andanada descortés del gobernador dejó atónitas a las visitas, pero luego que él partió levantóse del estrado un murmullo amenazante. ¡Conque india D^a Gregoria de Escobar, hermana de cuatro caballeros con hábitos en los pechos, y que ha sido allá en la corte una dama de la reina; con que india D^a Eugenia de Abarca, mujer del regidor perpetuo Tomás Calvo; y D^a María Vázquez de Coronado, mujer del alguacil mayor Jirónimo de Retes, y D^a Isabel de Quiñones, mujer de Gabriel Vargas Machuca... ¡Oh! esa afrenta, dijeron en coro todas ellas, ha de costar muy caro al chapetón, que así no más

no se ultraja a la flor y nata de Cartago.

Pocos días después recibió D. Gregorio un ultraje aun más pesado. El lance aconteció en una tertulia del gobernador a presencia de muchos circunspectos tertulianos. Don Gregorio, entre mano y mano de malilla y entre sorbo y sorbo de fragante chocolate, contando allí memorias de su vida militar, dijo que él había ido con el infante cardenal a la guerra de Alemania. Y el gobernador que le asechaba por aquella contestación al reverendo padre guardián, le interrumpió murmurando: «Eso dígalo donde yo no lo oiga, porque yo estuve en esa guerra y nunca vi a vuestra merced en Alemania». «Yo no miento». «Pues miente vuestra merced». D. Gregorio, con los ojos anegados de lágrimas, le respondió con sentimiento: «No me afrente así vuestra merced; mire estas canas y advierta que soy su antecesor».

Por supuesto, con semejantes groserías aquellas relaciones amistosas se rompieron, mas no por eso se extinguió en el pecho de D. Juan su amorosa pasión; por el contrario, su amor hacia D^a Ana convirtiése en frenesí. No importa, decía en arrebatados soliloquios, que las puertas de esa casa se hayan cerrado para mí; yo las abriré con llave falsa; no importa que la mano de esa dama haya sido negada para mí, mía será D^a Ana. Sinistras intenciones cruzaban entonces por su mente, porque ya su ardorosa sangre no bullía recalentada por los sentimientos limpios y castos que sirven al amor, bálsamo del alma, de perpetuo manantial, sino por los antojos livianos, corrosivo veneno que le sirven de sepulcro. Y en consecuencia llamó a don Pablo, no para consultarle en esta vez sino para dictarle su forzoso plan; plan inicuo que tenía por objeto mancillar un albo hogar, haciendo que cayesen las candidas azucenas de la frente de D^a Ana, mediante la vil cooperación de aquel confidente astuto, para quien aun se mantenían inalterables la confianza y la amistad de D. Gregorio.

Pasaron unas semanas. Don Juan escribió un billete que don Pablo encaminó, que una esclava transmitió y que doña Ana recibió; era una cita para verse a deshoras en la huerta. Serían las diez de la noche cuando una plática intensa sostenida por don Pablo cautivaba la atención en la sala de don Gregorio, y cuando eso, no obstante, doña Ana muerta de sueño dió las buenas noches y salió para su cuarto.

Serían las diez de la noche, un manto de tinieblas había caído sobre Cartago, no se veía luz alguna en las fragosas calles ni se oían otros ruidos que no fueran los murmullos de las aguas recogidas en las abiertas acequias, o los pausados resoplidos de las vacas dormidas en suaves lechos de césped, o los relinchos de un potro, o los aullidos de un perro o los cantos de un gallo; por todas partes asombraban las tinieblas y por todas la soledad. La ciudad de Coronado a la sazón dormitaba sobre un oscuro desierto; y en el desierto era, precisamente, donde don Juan quería llevar a cabo su aventura.

La hora de la cita había llegado; prendió

al cinto su espada, subió el embozo de su larga capa, salió de su vivienda y se deslizó con recato por las calles: llegó frente a la huerta, trepó a la empinada tapia y vaciló. Tenía razón en vacilar. Veía de un lado su elevada jerarquía y del otro su pasión; oía de un lado las voces del deber que le paraban llamándole jurado guardián de la inocencia, y del otro los dejos regalados del amor que le incitaban llamándole tenorio afortunado; sentía de un lado el hálito apacible de la virtud, que infiltraba en su conciencia temor de Dios y de la real justicia, y del otro el encendido fuego de la sangre que bañaba sus sentidos de concupiscencia y de deleites. Tenía razón en vacilar.

Pero en aquel decisivo instante hizo el amor un supremo y victorioso esfuerzo: tocó con su envenenada flecha el corazón de don Juan, quien, inclinando el cuerpo hacia adelante, dió un salto y quien, marchitando la intacta frescura del rosal, cayó adentro. Oyó en seguida un suspiro, y era un gemido del viento; sintió luego unos pasos atrás, y era ruidos confusos del eco; se fué aprehendiendo derecho a la higuera, y allí nadie vagaba en redor; llamó quedo en la fronda del pino, y allí nadie escuchaba su voz; cruzó raudamente bajo del mango, y allí nadie salía de través; aguaitó por detrás del manzano, y allí nadie tampoco acudió. Un fatídico nublado pasó entonces por delante de su espíritu, una llama torpe discurrió a lo largo de sus venas, y poseído de férvida impaciencia forzó una puerta insegura y penetró al contiguo trascorral. Allí, como si la casta diosa del olimpo movida a compasión por su Napea hubiese llegado con sus canes y sus dardos a la escena, acudió de pronto un débil rayo de luna con sus místicos reflejos, para hacer visible el trascorral y despertar a los perros de la casa.

Doña Gregoria se alarmó con el ruido que metían los canes, e interrumpiendo a don Pablo Ponce de León que en aquel momento narraba cuentos brillantes de la guerra de Flandes, llamó a Juan Garro su sirviente, y a Cosme, su negro de Guinea, para que fuesen a ver por qué ladraban tanto los perros. Ambos salieron armados, llegaron al trascorral, vieron un embozado, corrieron a sus alcances, llegaron muy cerca de él, levantaron las cutachas y luego... las dejaron caer. ¡Oh sorpresa inesperada! conocieron al Gobernador, diéronle tiempo de huir, de escalar la tapia más baja y de caer ileso a la calle. Ciertamente la furtiva cazadora de la noche había salvado una vez más a su púdica Napea; allá iba fugitivo el temerario Acetón, cayendo y levantando en rápida carrera, perseguido por los rayos de la luna y acosado por los galgos del amor; y acá en la sala don Pablo Ponce de León, oyendo, con la paja tras la oreja, que los criados llamaban con sigilo a don Gregorio, despedíase apresurado y salía renegando de la bulla de los perros.

Voló doña Gregoria en demanda de su hija y respiró cuando la vió tranquila en su alcoba y cuando oyó de la negra camarera que la doncella no se había ausentado un